

emisión de los billetes debía autorizarse a los bancos privados o si esta responsabilidad debía centralizarse en un banco único que monopolizara el privilegio de emisión. Esteban Jaramillo toma partido por esta segunda posición muy claramente desde 1918”.

A Esteban Jaramillo le tocó lidiar con todo: la crisis económica de la primera posguerra; la época de la prosperidad al debe; y, finalmente, la gran crisis económica del decenio de los treinta y el financiamiento de la guerra colombo-peruana. Su manejo de la crisis del 29 es realmente impresionante, tanto que podríamos afirmar que Jaramillo fue el primer keynesiano de nuestra historia económica. Las memorias que como ministro de Hacienda de la administración Olaya Herrera presentó al Congreso Nacional, durante los años 1932, 1933 y 1934, constituyen el testimonio más autorizado de que disponemos sobre el manejo que se le dio en Colombia a la gran depresión.



Su libro *La reforma tributaria en Colombia, un problema fiscal y social*, publicado en 1918, fue la primera defensa organizada que se hizo en el país de la tributación directa sobre la renta. Le llovieron, por supuesto, todo tipo de críticas, pero terminó imponiéndose.

En sus diversos libros, Juan Camilo Restrepo ha venido insistiendo en un factor casi siempre obviado

por los estudiosos: el desarrollo de las vías de comunicación: “Los altos costos del transporte, asociados a la precariedad de las vías de comunicación, son un factor explicativo de trascendental importancia para entender el ensimismamiento y la fragmentación social con que se desarrolló la vida colombiana a lo largo del siglo XIX”. El comercio en Colombia se hizo “a lomo de mula”. “El problema del transporte durante el siglo XIX fue tan monumental que, a juicio del profesor Safford, acá radica una de las explicaciones del debilitamiento político del régimen radical, y una de las razones que conduciría a la Regeneración”.

Una adecuada lección de este libro es que la morigeración en materia monetaria ha sido una constante en la historia del pensamiento conservador. ¿Y en la práctica? Que aunque el partido liberal fue mayoría indiscutida durante todo el siglo XX en el país, fueron los ministros de Hacienda conservadores los que salieron al quite y salvaron la situación en los momentos más difíciles causados por despilfarros o malas administraciones liberales. Y esto desde Esteban Jaramillo hasta Juan Camilo Restrepo.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Una telaraña de razones y vaivenes

Crónicas históricas de la educación en Colombia

Humberto Quiceno Castrillón
Cooperativa Editorial Magisterio,
Bogotá, 2003, 335 págs.

En la introducción a este libro, leemos: “La crónica es ficción, narración e invención, aunque se haya hecho, o se haga, sobre el presente o sobre el pasado. Inventar en el cruce de tiempos y espacios, otra memoria que nos permita desprendernos de un pasado ilusorio que

siempre obra como máscara de identificación, eso es la crónica. Detrás de una crónica no hay que buscar una verdad, o la constatación de los hechos, de lo que así fue o de la ‘verdadera historia’; la crónica, ni oculta ni dice la verdad, porque es una narración que inventa o descubre inventando la posibilidad de que algo pudo ocurrir de cierta manera y deja la puerta abierta para que se produzca otra forma de contar la historia” (pág. 9). Reitera enseguida el autor que las crónicas que va a escribir intentan “ser otra memoria que ya no recuerde lo que fuimos, sino que inventen o se atrevan a decir lo que queremos ser”. Esta declaración lo compromete seriamente. En lugar de propiciar y hacerle más laxa, más irresponsable, la tarea al cronista, al novelista, lo insta a crear la narración consistente que haga valer una *fábula* como relación, relato verídico de los hechos, las circunstancias, el ambiente de una época, el siglo XIX, por ejemplo, en las tres etapas que se propone recrear el autor, desde 1819 a 1875, después de 1886 a 1920 con la llamada *Regeneración* y, por último, de 1920 a 1961, a partir de la época en que, según el autor, emergen las Ciencias Humanas. Hacer una crónica que “ya no recuerde lo que fuimos”, insiste, dando por sentado “lo que fuimos”, cuando uno todavía, y siempre, pregunta, ¿qué pasó?, y aún, ¿qué pasa, hoy, con esta nación y con la educación, que no dan pie con bola? Sin embargo, con todo y lo dicho en esta introducción, desde el mero principio del texto, describiendo las oposiciones entre Bolívar y Santander, Quiceno se apega celosamente a los “hechos” y apela continuamente a la razón, esgrimiendo una suerte de *dialéctica negativa* que revela su esquema, a partir del cual va a desarrollar el texto, las dualidades, las oposiciones, la bipolaridad entre dos agentes, dos conceptos, dos modalidades de ejercer el poder, dos posiciones. Aquí no hay pueblos, no hay minorías en acto, hay individuos singulares, igual que ocurre en Macondo, Bolívar y Santander, en la Gran Colombia, y a todo su largo, la historia es vista a través de sus indi-

viduos singulares. El complot contra Bolívar y su muerte consecuente, según el autor, acarrea la liquidación de los rivales: “La desaparición de la presencia y del discurso de Bolívar significó la ausencia de ese mundo moral y natural en el cual se reconocía. Al desaparecer una de las fuerzas en lucha, la fuerza moral, el poder moral, la otra fuerza, la de la ley, la del Estado y los hombres de Estado, perdió su rival, su equilibrio político; ya no tuvo rival que enfrentar, su discurso se quedó sin contenido y relación y se volvió sobre sí mismo”. Sostiene entonces que, “A falta de rival se inventaron falsos rivales: la relación centro y periferia, orden y desorden, inmoral y moral, católico y masón, noble y criollo, indio y blanco, herederos de la corona y republicanos, conservadores y liberales [...]” (pág. 58). Se viene abajo, con la desaparición de Bolívar, todo un mundo que Quiceno presume existía con Bolívar, el Uno-Solo frente al mundo. Acerca de las leyes promulgadas al calor del espíritu leguleyo de Santander, escribe: “Toda esa construcción estatal se hacía para que se borrara la condición individual, que era entre otras cosas borrar a Bolívar, el único individuo con poder, con verdadero poder, que había construido la república” (pág. 60). Después vendrán otros prohombres, Luis López de Mesa, Nieto Caballero, fundadores de la revista *Cultura* y el Gimnasio Moderno en Bogotá, promotores de la *escuela nueva*, de la *escuela activa* (John Dewey) en Colombia.



Pululan las dualidades en el texto. Se refiere, por ejemplo, al “conflicto entre el poder de la naturaleza y el poder de la cultura”, o bien a la “contradicción entre la perfección natural y el progreso cultural; entre el poder del instinto y la organización de la razón; entre la adquisición de la virtud moral y el progreso de la civilización” (pág. 23). Más adelante, leemos que “la verdadera rivalidad era entre la naturaleza de la fuerza y la naturaleza del derecho” (pág. 29). Y aún, se nos dice después que “el dilema era, pues, entre ley moral y ley humana; entre la moral y el derecho; el mundo interior y el mundo exterior: el individuo y el Estado; la libertad y el poder sobre la libertad” (pág. 33). O bien, “El dilema alma y cuerpo era, pues, representado en esa lucha, el cuerpo era Bolívar y el alma Santander, los dos eran necesarios pero rivales” (pág. 34). De estas particiones está plagado el texto, tanto como de las oposiciones. Así: “Lo característico y singular de esta primera república (1819-1876), y por eso fue una república, es la rivalidad, la lucha y el enfrentamiento directo por el poder” (pág. 10). Asegura que en la segunda república (1886-1921), con la Regeneración, “la visibilidad del poder y la visibilidad de la fuerza” se ocultaron, se escondieron. “Lo que hoy sabemos es que un nuevo lenguaje ocultó el sentido del poder que pasó de ser fuerza, a ser ausencia de fuerza, vacío de fuerza” (pág. 11). Las dualidades no cesan, junto con la consecuente gravedad y oscuridad del texto, de la telaraña de razones creando particiones imposibles: “El derecho para Bolívar era la apariencia de la fuerza y no su contenido” (pág. 29). O todavía: “Santander era la forma que buscaba la fuerza y Bolívar la fuerza que iba en pos de la forma” (pág. 57). Insiste en la binariedad, la bipolaridad: “la fuerza no fue entendida como lo esencial del poder, sino como lo opuesto, lo que había que excluir y por lo tanto no nombrar. El poder pasó de ser fuerza a ser ausencia, vacío, lo que está en otro lugar” (pág. 11). Y más adelante: “A

la segunda sociedad (la Regeneración), no se le puede dar el nombre de república; no era una república como era la primera; ahí no existía el mismo derecho de expresar el poder, de sentir la fuerza, de manifestarla. Todo lo contrario, su actitud era de ocultar y olvidar la fuerza” (pág. 12). Y luego: “A esta forma de ocultar la fuerza se le denominó paz interior, paz de los espíritus, paz de las conciencias, simplemente ‘Regeneración’ que se oponía a la ‘barbarie’, que era el uso explícito de la fuerza” (pág. 12). Las dualidades llevan a la partición entre épocas, a crear umbrales, de la luz a la oscuridad y de nuevo a la luz y a la oscuridad, inacabable espejismo de las grandes cortes, inspirado por el *realismo mágico*, entre otras fuentes: “la metáfora de García Márquez en *Cien años de soledad* se refiere a estos años en donde la nueva forma de la sociedad vuelve a empezar de cero, como si la historia no hubiera pasado, como si nada hubiera sucedido. La segunda república, que termina en 1920, sepultó y borró todo aquello que los hombres y los próceres de la independencia habían construido” (pág. 21). Así, en referencia al Decreto orgánico de la instrucción pública primaria de 1870: “Este decreto muestra una real evolución de la educación en su organización como discurso, es decir, la capacidad para pensar una institución, los sujetos y las formas de enseñar, y deja ver los alcances en su aplicación en la sociedad y en la escuela. Por primera vez era posible educar y enseñar como se lo habían imaginado Santander, Lorenzo María Lleras, José Eusebio Caro, Santiago Pérez, entre otros” (pág. 94). Cortes ilusorios, espejismos que acarrear un movimiento maniaco-depresivo de vaivenes, de alzas y caídas. Es un hecho que, en medio de la Regeneración, la época en la que, según Quiceno, “no existía el mismo derecho de expresar el poder, de sentir la fuerza, de manifestarla” (pág. 12), está la guerra de los Mil Días, los reclutamientos forzados y las carnicerías irrisorias, promovidos a la fuerza por uno y otro bando

político, igual que en las innumerables sublevaciones o guerras civiles ocurridas antes y después a lo largo de la historia de esta nación. Así que, de nuevo, esta dualidad no funciona en absoluto.



¿Desde dónde mira este autor el escenario de la educación? Sin duda desde arriba, desde los prohombres y desde el Estado y la burocracia afín al mismo; los de abajo no cuentan sino como usuarios, carne de cañón, presa de la política prevaleciente en cada umbral, entre una época y otra, sea cuando mandan los liberales que concitan una educación *activa*, sea cuando mandan los godos junto con su educación cristiana. Estas particiones no parecen servir más que para alimentar a la *bestia dialéctica* que rige la lógica del autor, inclinado a las dualidades, a las binariedades, a la polaridad entre la posición ideal, la república libre soñada por Bolívar y los radicales, y contrariada por los Regeneradores, a quienes, a su vez, contrarían los liberales emergentes junto con la industria y el comercio a principio del siglo xx,

cuando el autor presume que nacen las Ciencias Humanas, las noticias que llegan tarde a Colombia, sobre todo en este caso, cuando alumbran todavía estrellas muertas o mutadas hace tiempo.

En verdad, con la advertencia del autor en la introducción, ¿qué se puede esperar? ¿Será que va a escribir una novela, o una especie de libro de la Utopía, caro a ciertos ilustres educadores, soñadores, como Tomás Moro, como Fourier, en *La casa de Salomón*, obra en la cual propone que enseñen a los niños a cocinar y a cantar, más bien que a sumar y contar, libro de la Utopía caro también a ciertos novelistas, como Swift, en *Los viajes de Gulliver*, Thomas de Quincey, en *Del asesinato considerado como una de las Bellas Artes*, y Samuel Butler, con su novela *Erewhon*, palabra inventada por Butler y que leída al revés da casi *Nowhere*, o sea No-lugar, Utopía, ¿Now-heré?, ¿Ahora y aquí?

Tal vez el problema de este libro es de estilo, esta toma de partido, esta elección del tono racionalista y argumentador tan afín a la institución universitaria. Este recurso a una “dialéctica negativa” que operaría en Colombia, donde cada época, dice, hace borrón y cuenta nueva con la época anterior, indefinidamente. “¿Qué puede explicar tal voluntad de olvido y rechazo? Quizá una dialéctica negativa, de tesis y antítesis que no encontró nunca sus síntesis” (pág. 22). Es el mismo argumento de William Ospina en *Las auroras de sangre*, cuando se refiere al “choque de culturas” en la conquista, esta expresión que viene también en el libro de Quiceno, y acerca de la cual uno insiste, pues *no cabe decir que hay choque* en este acontecimiento del descubrimiento y la conquista, así como no se puede decir que hay choque, cuando a un peatón distraído en la calle lo arrolla un carro a mil. Dicen estos autores que en la América hispana, en Colombia, hubo un *choque cultural*, una tesis y una antítesis, y que no se dio la síntesis, y de ahí el desgarramiento inacabable. Un Hegel manco, mocho, trunco. Con esta *explicación* con-

temporizadora, en pacto con el mismo diablo de Bartolomé de las Casas, el ángel blanco de los indios, Quiceno sella el signo del texto, imprime estilo, ahora va a razonar más bien que a fabular, pese a la promesa de la introducción que cito anteriormente. Ahora va a reinar la dualidad, esta vieja plaga de Occidente que todavía no asume a fondo, aunque hace rato está en el aire, lo *múltiple* como sustantivo, cosa que inauguran, o reinventan, las matemáticas de Riemann hacia 1860: *The Patchwork*, las Variedades Locales, la colcha de retazos, la Topología. A lo largo del texto opera la bipolaridad, el juego de las alternancias del poder entre el partido liberal y el partido conservador, con toda la ambigüedad que acarrea esta binariedad desde la cuna, desde el presunto origen de estos partidos, donde Bolívar resulta godo y Santander liberal, equívoco no resuelto en el libro, de manera que el poder de la Iglesia sale como del sombrero del mago, entre las bambalinas del teatro conservador orquestado por Santander. El afán razonador que se manifiesta desde la misma introducción, ahoga la pasión del escritor que asoma al principio cuando refiere el estado de la educación en tiempos de Bolívar y Santander, figuras contrastadas, el guerrero que se mueve en unas órbitas por fuera del Estado y el jurista-hombre-de-Estado típico, el homo-natura, y el hombre de las leyes. La idea de la *dualidad* llega al extremo de afirmar que el atentado de la noche septembrina contra Bolívar, el “intento de parricidio”, “era renunciar a una sociedad de rivales y proyectar una república sin rivales. Esta actitud de fuerza, que fue llevada a cabo en nombre de la república y del derecho, en el fondo lo que ocultaba era una forma de ejercer el poder sin enemigos, sin rivales. La voluntad es la de organizar una sociedad sin la representación directa del poder, ocultar ese poder de la fuerza, ocultar el poder y hacer aparecer como poder sólo la forma parlamentaria y del derecho” (pág. 55). Se supone que esta condición se va a alternar

también en las distintas épocas, de 1819 a 1875, el poder es visible, manifiesto, después de 1886 a 1921, el poder se oculta, y posteriormente vuelve a hacerse visible, de 1920 en adelante. ¿A qué poder, pues, se refiere, que puede pasar desapercibido, invisible, camuflado igual que un camaleón en la selva?



La conclusión del texto cierra el túnel por donde antes se colaban algunos polizones, lo cierra con, poco más o menos, la mera inscripción del *Inferno* del Dante: “Los que entráis aquí, abandonad toda esperanza”. En efecto, Quiceno termina con una constatación, una deuda del libro, un aplazamiento, una promesa, ¿pero acaso no era precisamente éste el objeto del texto, explicar el ininterrumpido fiasco de la educación en Colombia? Hoy, los libros de texto en los colegios y liceos se venden por peso, como las papas y la carne en la carnicería, mire usted y admire al niño o a la niña que carga el texto de Sociales o de Ciencias, los comprimidos indigeribles que toca tragar como embutiendo morcilla. Concluye, pues, Quiceno, borrando de un plumazo, con la mano izquierda, lo que escribió su mano derecha haciendo el texto: “Lo que también debe ser explicado es por qué las escuelas que han existido desde 1819 han mantenido como principio inmutable la domesticación de hom-

bres, mujeres y niños, por qué la libertad nunca ha sido un principio educativo y por qué el fracaso continuo y eterno de la educación en Colombia por formar el hombre [...]” (pág. 325). Aunque el autor cita en el texto a Foucault, *Vigilar y castigar*, no parece que lo haya leído a fondo, pues, de otra manera, se habría ahorrado esta última pregunta, y a poco también el libro, a estas alturas del partido, cuando las técnicas de control de las masas humanas, y aún las de disciplina, están en alza, mientras adviene el misoneísmo en el país de los universos-islas.

RODRIGO PÉREZ GIL

La Momposina biografiada

Totó: nuestra diva descalza

Patricia Iriarte

Cerec, Instituto Distrital de Cultura y Turismo de Barranquilla, Bogotá, 2004, 301 págs., il.

Patricia Iriarte estudió Comunicación y ha trabajado en la administración pública, también ha sido consultora en proyectos de desarrollo social con incursiones en la poesía y el audiovisual. Ahora incursiona en la reflexión sobre música popular y cultura. Financiado por el Ministerio de Cultura a través de una de sus becas de investigación, este libro está concebido lejos de la biografía y el ensayo, en el terreno flexible del periodismo con métodos que no son los del científico pero que aún así pueden aportar elementos de interés.

Tratándose de Sonia Bazanta Vides, a quien llaman Totó la Momposina, el método es legítimo porque no existen estudios sobre esta cantadora. A propósito: cantadora, nada de “diva” y menos eso de “descalza”, que podría tener connotaciones ideológicas y políticas ajenas a Bazanta Vides. Ya en lo que al texto se refiere, cabe la síntesis de los ancestros

familiares con base en los recuerdos de Livia Vides Mancera, la madre: los Vides y los Mancera de Talaigua Nuevo y Mompo, eran músicos y algunos de ellos eran importantes para la historia de la música costeña, no sólo para la historia personal de Totó. Iriarte se dedica a construir esta historia con perspectiva de género: destaca a las mujeres de la familia y con esto gana ambientación coloquial, vida cotidiana.

Las bandas de los vapores del Magdalena, puertos como Gamarra, los bailes cantados vistos por una niña de pueblo, los carnavales. Las migraciones que iban “buscando tierra alta como la tanga” hasta llegar a Barranquilla donde nació Totó “con la cabeza rambaíta” en 1940. Una ciudad que no es del Caribe colombiano aunque en este sentido tiene algunos méritos que no le reconoce Iriarte: Barranca ha trabajado intensamente para ser Caribe; no lo logra todavía pero tiene gente que siente la nota costeña y allí uno se siente bien. Hay que tratarlos con cariño, no olvidar que aquí podríamos estar en uno de los múltiples escenarios del “circumCaribe” de que comienza a hablarse con razón en la comunidad científica internacional. De allí los Bazanta siguieron hacia Villavieja a trabajar con una compañía petrolera, y después a Bogotá con una mano adelante y otra atrás, por culpa de la violencia política. Se instalaron con su cultura momposina y el conjunto de gaitas, y abrieron una residencia que se convirtió en centro de atracción para estudiantes costeños y bohemios de toda región y condición.



De allí salió Totó la Momposina, con nombre artístico pensado según Iriarte en función del telos (yo creo